

tales trabajos respondan tan preciosas coronas, y para que yo sea digno de ellas, alcanzadme que lleve fruto copioso de santas obras.

4. Últimamente, fué coronada esta Señora con la corona de doce estrellas, de que se hace mencion en el Apocalipsis (1), porque como concurren en ella las grandezas y virtudes de todos los órdenes de santos que hay en el cielo, así fué coronada con los premios de todos ellos, figurados por las doce coronas de los Patriarcas; la luz y contemplacion de los Profetas; la caridad y celo de los Apóstoles; la fortaleza y magnanimidad de los Mártires; la paciencia y penitencia de los Confesores; la sabiduría y discrecion de los Doctores; la santidad y pureza de los Sacerdotes; la soledad y oracion de los Ermitaños; la pobreza y obediencia de los Monjes; la caridad y limpieza de las Vírgenes; la humildad y sufrimiento de las Viudas, con la fidelidad y concordia de los Santos casados; y por consiguiente recibió los premios y coronas de todos ellos con exceso incomparable, porque á ella cuadra con gran propiedad lo que dice el Sabio: *Muchas hijas allegaron para sí riquezas, pero tú has excedido á todas* (2), que es decir: Muchas almas allegaron grandes tesoros de merecimientos y virtudes, pero tú allegaste mucho mas que todas ellas.

5. Levántate, pues, alma mia en el espíritu, y mira con los ojos de la fe á esta Madre del verdadero rey Salomon, con la corona de gloria con que la coronó su Hijo en el día de su entrada en el cielo, y en el día de la alegría de su corazón. Contempla el inefable gozo de esta Reina soberana, y el afecto con que renovaría su antiguo cántico, diciendo: *Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su sierva: desde hoy mas me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha obrado en mí cosas grandes el que es Todopoderoso, y su santo nombre* (3). Ó Virgen gloriosísima, ya pueden todas las generaciones del cielo y de la tierra llamaros á boca llena bienaventurada, pues teneis en posesion lo que hasta aquí teniais en esperanza. Grandes cosas obró siempre en Vos el que es Todopoderoso; pero el día de hoy echó el sello á todas con la corona de gloria que os ha dado en premio de vuestra humilde pequeñez. Coronada estais de estrellas, porque los santos que os siguieron son gloria y corona vuestra, y por vuestra intercesion y ayuda alcanzaron sus victorias. Y así con mucha humildad arrojan sus coronas á vuestros piés (4), reconociendo que

(1) Apoc. xii, 1. — (2) Prov. xxxi, 29. — (3) Luc. i, 46. — (4) Apoc. v.

por vuestro medio las ganaron. Ó abogada piadosísima y medianera poderosísima, socorredme con vuestra intercesion, para que yo tambien sea gozo y corona vuestra, peleando con tanto valor en esta vida, que por vuestro medio gane la victoria; y alcance la corona eterna de la gloria. Amen.

### MEDITACION XXXVI.

DE LA ASUNCION DE LA VIRGEN, CUANTO AL CUERPO, Y DEL LUGAR QUE TIENE EN EL CIELO.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la incorrupcion del cuerpo sacratísimo de la Virgen, los tres dias que estuvo en el sepulcro, conservándole Dios con la misma entereza que tenia en vida (*Parte II, meditacion III*); porque así como esta Señora, aunque concebida por el orden natural de los demás hombres, fué por especial privilegio preservada su alma de la corrupcion de la culpa, como en su lugar se dijo; así tambien aunque murió su muerte natural, como los demás hijos de Adán, por privilegio especial fué preservado su cuerpo de la corrupcion, que fué pena de la culpa, de modo que no cayese en aquella maldicion que echó Dios al hombre cuando le dijo: *Polvo eres, y en polvo te has de volver* (1). Las causas de este privilegio fueron tres.

2. La primera, en premio de su pureza virginal, la cual fué milagrosa y nunca oida, con gran firmeza de voto y con grande constancia por toda su vida; y así habia de ser premiada con premio milagroso y extraordinario, pero muy proporcionado, conservando la entereza de cuerpo tan puro, sin corrupcion por toda la eternidad.—La segunda causa fué, en premio de la extraordinaria y milagrosa pureza y santidad de su alma, en la cual nunca hubo gusano de culpa que la mordiese, ni polvo de pecado que la manchase, ni resabio alguno del Adán terreno; y así era muy conveniente que los gusanos no tocasen á su cuerpo, ni se convirtiese en tierra ó polvo, á semejanza del cuerpo del Adán celestial, por cuya santidad dijo David: *No permitirás que tu santo vea corrupcion* (2).

3. De aquí nace la tercera causa, porque así convenia á la honra de Cristo nuestro Señor, cuya carne era como una misma cosa con la carne de su purísima Madre, por haber sido tomada de ella; y como su carne nunca experimentó corrupcion; así dice san Agus-

(1) Genes. iii, 19. — (2) Psalm. xv, 10.

tin (1). era razon que no la experimentase la carne de su Madre, en la cual estaba en cierto modo la de su Hijo. Ó Madre benditísima de Jesús, arca del Nuevo Testamento, fabricada de madera Setim incorruptible, chapeada de oro purísimo para ser digna morada del que era propiciatorio de todo el mundo; gózome de la incorruptibilidad de vuestro cuerpo y del oro purísimo de vuestras virtudes, con las cuales adornásteis vuestro espíritu. Alcanzadme, ó Virgen soberana, aquella incorruptibilidad del espíritu quieto y modesto, que es rico delante de Dios (2), para que, libre mi alma de la corrupción de la culpa, sea también á su tiempo librado mi cuerpo de la corrupción que merece por ella.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar la resurrección del cuerpo de la Virgen, saliendo al tercer día del sepulcro, vivo y glorioso por la virtud y omnipotencia de su Hijo; al cual le pareció poco favor conservar incorrupto el cuerpo de su Madre, hasta el día de la resurrección general, y así quiso anticiparla resucitándola al tercer día.—La primera causa de este favor fué, porque como el Hijo de Dios amaba tanto á su Madre, quiso cumplir y llenar no solamente los deseos que su alma benditísima tuvo de ver á Dios, sino el deseo natural que tenia de reunirse con su cuerpo, cual le tienen las almas de los demás bienaventurados, las cuales, como se dice en el Apocalipsis (3), claman con gran deseo por la resurrección de sus cuerpos (4); y pues el cuerpo y alma de la Virgen siempre estuvieron muy unidos y conformes en cumplir la voluntad de Dios, razon era que Dios los tornara luego á unir, para que con la misma conformidad siempre le alabasen.

2. La segunda causa fué, para darnos esperanzas de nuestra resurrección, con la fe de que no solamente resucitó Cristo verdadero Dios y hombre, sino también su Madre, que era pura criatura, y con esto juntamente despertar en nosotros grandes deseos de ir á verla, pretendiendo y buscando no las cosas de la tierra, sino las cosas del cielo, donde está Cristo, y su Madre sentada á su diestra.—La tercera fué, para que con toda propiedad, desde luego hasta el día del juicio y para siempre se conservase en la Virgen el nombre de Madre de Dios, porque este nombre propiamente no cuadra á sola el alma, sino al compuesto de cuerpo y alma. Y también para que en el cielo pudiese cumplidamente hacer por nosotros el oficio de madre y abogada, aplacando la indignación de su Hijo con mos-

(1) Serm. de Assumpt. — (2) I Petr. III, 4. — (3) Apoc. VI, 10.

(4) D. Greg. II Moral. c. 4.

trarle sus pechos, así como el Hijo aplaca la ira del Padre mostrándole sus llagas. Y así tuviese también en el cielo una ayudadora semejante á sí mismo en la gloria del alma y cuerpo, como la tuvo Adán en el paraíso.

3. Por estas y otras causas que se dijeron en el punto precedente, se determinó Dios de resucitar á la Virgen, uniendo su alma con su cuerpo. ¡Oh qué alegre estaria esta Señora con este nuevo beneficio, y cuán de veras renovaria en este tercer día su acostumbrado cántico, diciendo: Engrandece, ánima mia, al Señor, y mi espíritu se alegre en Dios mi Salvador, porque ha hecho en mí grandes cosas el que es todopoderoso, glorificando mi alma y también mi cuerpo! ¡Oh qué gozoso estaria aquel cuerpo sacratísimo, viéndose unido con aquella benditísima alma! y recibiendo por ella las cuatro dotes de gloria, quedó mil veces mas resplandeciente que el sol, y hermosísimo sin comparacion mas que la luna llena: quedó inmortal, impassible, ligero y todo espiritualizado, sin temor de hambre, ni de frio, ni de cansancio, ni de otra alguna miseria, porque todo esto se acabó, resucitando á nueva vida para nunca mas morir. Gracias os doy, Verbo eterno, por este nuevo favor que habeis hecho á vuestra Madre, volviendo por su honra y por la vuestra, pues la gloria de los hijos es tener gloriosos padres. Gózome, ó Virgen gloriosísima, de este nuevo privilegio que hoy os concede vuestro Hijo, cumpliendo el deseo de vuestra alma, glorificando vuestro cuerpo á semejanza del suyo: abogad por mí en su presencia, mostrándole los pechos que le disteis, para que cumpla los deseos de mi alma, favoreciéndome para que le sirva en esta vida, y despues cumplidamente me glorifique en otra. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar la ascension del cuerpo glorificado de la Virgen al cielo. Y aunque no sabemos el modo como esto pasó, pero podemos meditarlo á semejanza de la ascension de Cristo nuestro Señor, imaginando que la resurrección de la Virgen se hizo acá en la tierra, viniendo su alma á unirse con su cuerpo, como se ha de hacer en la resurrección general el día del juicio.—Estaban guardando el sepulcro millares de Angeles cantando músicas celestiales, como arriba se dijo; y desde allí darian voces á Cristo nuestro Señor, diciéndole aquello del salmo: *Levántate, Señor, á tu descanso, tú y el arca de tu santificacion* (1), porque tu descanso será llevar contigo el arca donde estuvo depositado el tesoro infinito de la santidad.

(1) Psalm. CXXXI, 8.

2. Luego comenzó á subir esta soberana Arca en brazos de Querubines y Serafines, rompiendo por esos aires con júbilos de inefable gozo y alegría, y penetró todos los cielos hasta llegar al cielo empíreo. Recibióla con sumo regocijo su amado Hijo, poniéndola como Salomon en el *Sancta Sanctorum* (1), y en el lugar mas alto y levantado de aquel templo celestial. Coronóla, como al arca, con una corona de oro purísimo (2), rodeando todo su cuerpo de una claridad y hermosura inefable, que excedía á la misma claridad del cielo empíreo donde estaba, ¡Oh qué claro estaría ese cielo, renovado con la luz de tal sol y de tal luna, como Cristo y su Madre! oh qué alegres estarían los Angeles con la gloria de tal Reina, por cuya intercesion esperaban que se repararían las sillas de este reino! oh qué regocijados los demás bienaventurados con la gloria de tal Madre, por cuyo medio confiaban ver poblado el cielo de innumerables hombres! oh qué contenta estaría esta humilde Madre, viéndose levantada desde lo mas bajo de la tierra hasta lo mas alto del supremo cielo!

3. Gózome, ó Madre santísima, de las dos estolas de gloria que os han dado, una para vuestra alma, como á los demás bienaventurados, y otra por especial privilegio, desde luego para vuestro cuerpo. ¡Oh cuán bien ha cumplido vuestro Hijo sus promesas (3)! pues hoy os da corona de gloria en lugar de la ceniza, óleo de alegría por el llanto, manto de alabanza por el espíritu de tristeza, y quiere que desde luego poseáis en vuestra tierra los premios doblados con alegría sempiterna. Levantad, ó Madre santísima, mi espíritu al cielo, donde Vos estais sentada á la diestra de vuestro Hijo, pues donde está la madre, es razon que estén los hijos, y donde está el cuerpo, se han de congregarse las águilas (4). ¡Oh quien me diese alas de águila para volar á lo alto, y contemplar la gloria del cuerpo glorificado de la Virgen! Levántate, ó alma mia, con grande gozo, subiéndome sobre tí misma y sobre todo lo criado. Olvidate de las cosas de la tierra, y suspira por las del cielo, donde está tu Padre celestial y tu gloriosa Madre; imita la humildad que tuvo en esta vida, para que seas con ella ensalzada en la otra. Amen.

(1) III Reg. viii, 6. — (2) Exod. xxv, 11.

(3) Isai. lxi, 3-7. — (4) Matth. xxiv, 28.

## MEDITACION XXXVII.

DE LA HERÓICA HUMILDAD DE LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA, POR LA CUAL FUE LEVANTADA SOBRE TODOS LOS COROS DE LOS ANGELES.

— Aunque la Virgen nuestra Señora se esmeró mucho en todas las virtudes, pero con particular excelencia se señaló en la humildad, á la cual podemos atribuir su exaltacion, siguiendo la regla que san Pablo pone de Cristo nuestro Señor, diciendo: *¿Qué es la causa porque subió tanto, sino porque bajó primero á las inferiores partes de la tierra? El que descendió es el mismo que subió sobre todos los cielos para llenar todas las cosas* (1). Esto mismo podemos decir de su Madre benditísima, la cual subió sobre todas las criaturas, porque se humilló mas que todas ellas; y la corona gloriosísima de doce estrellas que tiene en el cielo, se le dió por doce actos heróicos de humildad que ejerció en la tierra, los cuales pondré en esta meditacion, recogiendo de todo lo que se ha dicho en las meditaciones de su vida, especialmente en la parte II; y porque hay humildad para con Dios, y humildad para con los demás hombres, y en ambas la Virgen fué muy excelente, de todas dirémos en los tres puntos siguientes:—

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la heróica humildad que tuvo la Virgen cerca de los dones que recibió de nuestro Señor, en los cuales se muestra esta virtud, ejercitando estos actos.—El primer acto es, encubrir estos dones con sumo silencio, sin descubrirlos por palabras, ni meneos ó señales exteriores, por ningun respeto humano, ni por algun título aparente de glorificar á Dios ó aprovechar al prójimo, si no es en los casos de necesidad en que nuestro Señor quiere y ordena que se descubran, porque fuera de estos casos, quien manifiesta los dones que recibe en secreto, se pone á peligro, como dice san Gregorio, de que se los roben los ladrones de la vanagloria, soberbia y presuncion (2). Y por esto la humildad con gran fuerza dice aquello de Isaias: *Secretum meum mihi, secretum meum mihi; mi secreto para mí, mi secreto para mí* (3); y repítelo dos veces para significar las veras con que toma guardar este secreto, y gozar de él á sus solas.—Este acto ejerció la Virgen ocultando la revelacion del Ángel y el misterio de su preñez, sin descubrirle ni á su mismo esposo san José (4), á quien amaba tier-

(1) Ephes. iv, 9.—(2) Hom. 11 in Evang.—(3) Isai. xxiv, 16.—(4) Matth. i, 19.